

Homilías Domingo Segundo de Cuaresma (Ciclo C)

+ Lectura del santo Evangelio según san Lucas

En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña, para orar. Y mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que aparecieron con gloria; hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén.

Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y espabilándose vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él.

Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: -Maestro, ¡qué hermoso es estar aquí! Haremos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

No sabía lo que decía.

Todavía estaba hablando cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube.

Una voz desde la nube decía: -Este es mi Hijo, el escogido; escuchadle.

Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

Palabra del Señor

Homilías:

(A)

Los apóstoles viven una gozosa experiencia, una especie de luna de miel junto a Jesús. Sí. Están con la ilusión primera de todo lo que comienza. Siguen a Jesús y todo marcha bien. De pronto comienzan las dificultades, eso que nos hace exclamar: «Si lo llego a saber, no me meto en esta aventura». «Yo creía que esto iba a resultar más fácil». «¡Qué necesidad tengo yo de meterme en líos a mis años, con los bien que están... otros». Las frases se pueden

multiplicar. La realidad es muy sencilla: al principio todo parece de rosas, pero el camino trae sorpresas... No es que «la ilusión inicial sea falsa». Al inicio está en germen, en promesa todo lo que esperamos, todo lo que nos hace partir y nos pone en marcha. Pero no es posible adelantar todo. La vida va atrayendo, poco a poco, la dura realidad. Y habrá que mirar al principio para recuperar fuerzas y ver que en los objetivos iniciales estaba todo iniciado, aunque no desarrollado.

Las personas y los grupos palpamos cada día esta realidad.

Muchos se vuelven atrás a la primera dificultad; no soportan caminar entre rosas con espinas.

Jesús siente que su grupo de discípulos no está al margen de esta dinámica. Jesús acaba de hablar de la muerte que le espera y se encamina hacia Jerusalén, donde lo anunciado tendrá cumplimiento. Necesita «confirmar» a los suyos para que resistan en el seguimiento a pesar de lo duro que viene.

Como los discípulos, tenemos la tendencia de arrimarnos al “sol que más calienta”, para sacar “algún beneficio”. Unos seguían a Jesús pero no ocultaban que lo que en el fondo pensaban era sentarse a la derecha de él algún día. El poder, con tal de llegar a él, exige algunas incomodidades, pero después recompensa...

Como veis, este funcionamiento no es de hoy. Hay personas que se despersonalizan con tal de llegar a tener poder... Y llegan. Y cuando llegan ya no son personas, están despersonalizadas. Las consecuencias las pagarán los otros, además de ellos mismos... Los seguidores de Jesús tenemos que aprender que al lado de Jesús no hay poder, sino servicio; al lado de Jesús no hay puestos, sino últimos puestos; al lado de Jesús no se ve todo claro, se va aclarando uno esperando que la Luz llegue más tarde... Y cuando llega, la verdad deslumbra.

Jesús elige a los más íntimos, a los «pilares del grupo», para mostrarles, por unos instantes, su identidad y su relación directa con toda la tradición religiosa anterior: Moisés y Elías. Se deja ver para hacer saber su identidad en el *marco* de una oración. Suben al monte a orar. Y en la oración es donde acontece lo que ellos no esperan. Lo que acontece les pilla por sorpresa hasta el

punto de no entenderlo bien. Pero sucede algo que entenderán más tarde. Ven y escuchan una voz de revelación: *Es mi Hijo; escuchadle*. Algo así como esto: «Pase lo que pase, triunfe o esté clavado en la cruz, es mi Hijo. No reneguéis ni lo abandonéis». “Escuchadle”. Hoy se nos grita a nosotros este imperativo... Es difícil escuchar. Muy difícil. Oímos ruidos. Mucha gente vive la experiencia de que su palabra se convierte en un ruido más de tantos como nos invaden. “Me siento muy solo, nadie me escucha, nadie me toma en serio, nadie toma en serio lo que digo”. Es tremenda la soledad que viene de sentirse excluido por no ser escuchado.

La soledad es saber que nadie te escucha, que nadie guarda tu palabra en su corazón, que nadie te comprende. Que nadie te presta atención.

“Escuchadle”, prestad atención a Dios, dad importancia a Dios, acoged la palabra de Dios... Esta es la revelación del Padre sobre su hijo. Prestar atención a Dios es “escuchar a su Hijo, el Enviado”. Está bien hacer las “obras de Dios”, pero es insuficiente. Ser creyente es ser oyente, ser escuchador.

“Escuchadle”. Escuchar a Dios, prestarle atención es, al mismo tiempo, saberse escuchado por Dios y sentir que nos tiene en cuenta...

Nos sobran ruidos, preocupaciones, ansiedades... Aunque hay veces que tenemos que confesar que nos horroriza el silencio y preferimos el ruido al silencio.

Si te detienes un momento, descubrirás que a lo largo de tu vida, en contacto con las personas, subiendo o bajando al «monte Tabor de la profundidad», allí donde se ve un poco más que tierra plana..., se dan situaciones de Tabor con otras personas, con Dios mismo. Dices que entras en la iglesia buscando un poco de paz y silencio y sales viendo las cosas de otra manera, transfigurado... Sales escuchando más y reconociendo mejor y aceptando lo duro de la vida... Sales más evangelizado por el Padre.

Nada de la Escritura es un pasado que no pasa. Es un pasado que nos ayuda a reconocer la revelación de Dios también en nuestro presente...

Calla y escucha. ¡Si aprendiéramos a escuchar! ¡Si aprendiéramos a escucharle!.

(B)

El pasaje clave en este Evangelio de la Transfiguración, son sin duda las palabras dirigidas por el Padre a los tres discípulos preferidos de Jesús: *“Este es mi Hijo amado: escuchadle”*.

Los hombres ya no tenemos tiempo para escuchar. Nos resulta difícil acercarnos en silencio, con calma y sin prejuicios al corazón del otro para escuchar el mensaje que todo hombre nos puede comunicar.

En este contexto, tampoco resulta extraño que a los cristianos se nos haya olvidado que ser creyente es vivir escuchando a Jesús. Y, sin embargo, solamente desde esa escucha, cobra su verdadero sentido y originalidad la vida cristiana. Más aún. Sólo desde la escucha nace la verdadera fe.

Un famoso médico psiquiatra decía en cierta ocasión: “Cuando un enfermo empieza a escucharme o a escuchar de verdad a otros...entonces, está ya curado”. Algo semejante se puede decir del creyente. Si comienzas a escuchar de verdad a Dios, estás salvado.

La experiencia de escuchar a Jesús puede ser desconcertante. No es el que nosotros esperábamos o habíamos imaginado. Incluso puede suceder que, en un primer momento, decepcione nuestras pretensiones o expectativas.

Su persona se nos escapa. No encaja en nuestros esquemas normales. Sentimos que nos arranca de nuestras falsas seguridades e intuimos que nos conduce hacia la verdad última de la vida. Una verdad que nos cuesta mucho aceptar.

Pero si la escucha es sincera y paciente, hay algo que se nos va imponiendo. Encontrarse con Jesús es descubrir, por fin, a alguien que dice la verdad. Alguien que sabe por qué vivir y por qué morir. Más aún, alguien que es la Verdad.

Entonces, empieza a iluminarse nuestra vida con una luz nueva. Comenzamos a descubrir con él cuál es la manera más humana de enfrentarse a los problemas de la vida y al misterio de la muerte.

Nos damos cuenta dónde están las grandes equivocaciones y errores de nuestro vivir diario.

¿Cómo responder hoy a esta invitación dirigida a los discípulos en la montaña de la transfiguración? “Este es mi Hijo amado. Escuchadle”.

Quizás, tengamos que empezar por elevar desde el fondo de nuestro corazón esa súplica que repiten los monjes del monte Athos: “Oh Dios, dame un corazón que sepa escuchar”.

(C)

Preciosas y estremecedoras las lecturas de este domingo. Reconocido como Mesías por Pedro, Jesús habla a sus discípulos de la necesidad de la pasión. Es un discurso difícil siempre el tema de la cruz y de la pasión. Los discípulos no entienden bien. No parece que haya mucha dificultad en aceptar a Jesús como Mesías. Donde reside el problema es en aceptar que el Mesías tenga que pasar por la cruz. En la cruz es donde se juega lo esencial de la aceptación de Jesús.

Ante esta situación, Jesús siente la necesidad de hacer ver a los discípulos más íntimos cuál es su identidad verdadera. Por unos instantes, quedan cautivados del resplandor que les envuelve. En nuestra existencia humana, nos decimos en los momentos de alegría y euforia: “Si no fuera por estos ratos...” “Vamos a disfrutar ahora, que lo malo ya vendrá...” Tenemos todos pequeños “tabores” o momentos en los que la vida se carga de sentido y el resplandor de unos momentos fugaces nos sirve para vivir la cotidianidad prosaica de la vida. La concentración de la luz dura poco en el tiempo, pero perdura a lo largo de los días. Se hace referencia que nos impulsa hacia delante.

Ser compañeros de otros peregrinos por la vida, nos trae sorpresas. Un día inesperado nos sorprende un gesto de bondad que no esperábamos en una determinada persona. Lo mejor que el otro lleva dentro sale y nos deslumbra. La luz percibida cambia todos nuestros esquemas y se entabla una nueva relación. Otras personas han sido sorpresa para nosotros y nosotros hemos sido alguna vez sorpresa para gente que quizás nunca nos lo dijo.

Si analizas tu relación con Dios, verás que de vez en cuando se te conceden pequeños “tabores”. Ser compañeros de Jesús nos trae sorpresas: un día nos maravilla y se nos llena el corazón de ganas de estar con Él, de permanecer con Él. Descubrimos que es un compañero que vale la pena.

Lo que hace que los íntimos de Jesús quieran hacer tres tiendas y quedarse en el Tabor no es lo que tienen que decir a Jesús, ni lo que Jesús les cuenta. Es simplemente las ganas de contemplar. Callar y contemplar. Nunca el otro es tan grande como cuando nos sorprende y nos deja “mudos”; entonces comprendemos que no sabemos todo sobre él y que necesitamos contemplar mucho para descubrir lo que es invisible a primera vista.

Hermanos, quizás hoy tenemos mucha necesidad de creyentes que, de tanto acompañar a Jesús, hayan tenido momentos de Tabor y nos quieran comunicar lo que vieron y sintieron. Hay revelaciones y experiencias de Dios que sólo vamos a conseguir caminando muchos días y muchas noches con Jesús, subiendo donde Él sube, recorriendo los caminos que Él recorre.

Permanecer con Jesús es obligarse a escucharle.

Hay que atravesar mucho espesor de superficialidad para llegar donde está la luz que cautiva. Algunos llaman a esto desierto, otros fidelidad y otros nombres posibles... Pero el Tabor nos remite a una manera de existencia en contemplación, aunque todavía no nos sea dada ni nos sea posible.

Estoy seguro de que Dios tiene reservados para nosotros momentos de luz, encuentros reanimadores de fuerzas.

Que el Señor os llene de su luz.

(D)

Hace tiempo leí una pequeña historieta que me gustó. En una leprosería había un leproso que se pasaba el día encerrado sobre sí mismo, triste y sin esperanza. Hasta que un día comenzó a sonreír. Todo el mundo se preguntaba ¿qué había pasado? Y se dieron cuenta de que todas las mañanas se asomaba al muro que lo separaba de la calle. Se subía al muro. Bajaba y comenzaba a sonreír. Llenos de curiosidad se acercaron. Una señora todos los días pasaba a esa hora por allí. Esperaba ver al leproso. Y desde la

calle le regalaba una sonrisa. Y esto era suficiente para hacerle feliz a aquel hombre lleno de angustia y tristeza durante todo el día.

Me viene esta anécdota precisamente, el segundo domingo de Cuaresma, en el que leemos la Transfiguración de Jesús en el Tabor. Un momento en el que Jesús se transforma y todo él se ilumina dejando transparentar lo que lleva dentro detrás del muro de su humanidad.

Con frecuencia todos nos quedamos a esta parte del muro y no vemos la vida que camina por la calle ni las sonrisas que nos llegan.

Vemos a los demás, no por lo que llevan dentro, sino por lo que vemos desde afuera.

Vemos a los demás, tapados y escondidos detrás del muro de sus cuerpos.

Vemos los árboles, desde su áspera corteza, y no vemos la savia que corre por dentro.

Vemos las rejas de la cárcel, y no vemos a los hombres que sufren privación de libertad allá dentro.

Vemos las rejas de los conventos de clausura, y no vemos esas almas contemplativas que han consagrado su vida a Dios y dedican sus vidas a orar por la Iglesia y el mundo.

Vemos la enfermedad y vemos muy poco al enfermo.

Vemos el pan de la mesa, y no vemos el sudor de quien lo ha ganado con su amor y el esfuerzo de su trabajo.

Vemos el cuerpo gastado y arrugado del anciano ya cansado, y no vemos al hombre que vive y siente y ama y tiene necesidad de cariño, allí dentro.

Vemos a la Iglesia desde sus debilidades humanas, y no vemos al Jesús que vive resucitado en ella.

Vemos el pan de la Eucaristía, y vemos muy poco al Jesús que se encierra dentro de ese pan.

El leproso fue capaz de subirse al muro y así poder ver la vida que caminaba por la calle y la sonrisa que alguien le regalaba cada mañana, suficiente para sentirse vivo durante el día.

La transfiguración de Jesús nos hace ver no el muro de su cuerpo sino la transparencia de lo que hay dentro de El. Como el leproso que revive por una sonrisa mañanera venida del otro lado del

muro, también los discípulos comenzaron a revivir, llenos de alegría, al ver esa sonrisa transfigurada de Jesús. “Maestro, qué bien se está aquí. Hagamos tres tiendas. Una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Hasta ahora le conocían a través del muro de su humanidad. Aquella mañana comenzaron a verlo desde dentro, desde su divinidad escondida.

Es importante ver la corteza del árbol. Pero es más importante ver correr la savia que sube por dentro del tronco y hace brotar las ramas, las flores y los sabrosos frutos. Hoy cuidamos mucho la estética de “nuestro muro” y ello nos impide ver el alma, el corazón y la vida que llevamos dentro. Nos quedamos con la superficie y nos olvidamos de la profundidad que se esconde por detrás.

Nos miramos y nos vemos cada mañana en el espejo. Pero el espejo no nos muestra nuestra verdad interior. No nos muestra nuestro corazón ni nuestra alma. Es preciso aprender a mirar y ver no lo que llevamos de cáscara sino lo que vive dentro, late dentro, ama dentro. Es preciso aprender a mirar al mundo y descubrir a Dios. Es preciso mirar al hombre y descubrir en él, a un hermano.

(E)

Todo cambia en el mundo. Según los científicos, hubo un tiempo en que la tierra era un inmenso globo de fuego que se desprendió del sol. En este globo de fuego fueron apareciendo los mares, los montes, las plantas, los animales, nosotros y tantas cosas que hay en la tierra. ¡ Qué cambio tan grande! ¡Quién lo diría!

¡Quién diría que, de aquella enorme masa de fuego, hayamos salido nosotros y lo que nos rodea!

Nosotros mismos fuimos cambiando y estamos cambiando. Hubo un tiempo en que cada uno de nosotros era una pequeñísima cosa en el vientre de nuestras madres y esa cosa pequeñísima se fue desarrollando. Aquel era un mundo tranquilo, sin ruidos. Eso sí; había allí el latido de dos corazones. Por ley de vida, a los nueve meses, dimos el primer paso y vinimos al mundo, tan distinto de aquel en que habíamos estado. Durante algún tiempo continuamos apegados a nuestras madres, que meses y meses nos llevaron en sus brazos. Poco después nos relacionamos con otros niños;

fuimos cambiando y llegamos a ser jóvenes; llegamos al matrimonio, a tener hijos o la vida sacerdotal... Nos fuimos haciendo mayores o nos vamos haciendo mayores. Si llegamos a la vejez, ¡qué de cambios no se dan en un anciano! El anciano se debilita día tras día; su vista disminuye; sus oídos se vuelven sordos; sus fuerzas van a menos; va dejando de hablar; ya no logra recordar hoy lo que hizo ayer. Le duelen todos los huesos; las ocupaciones, a las que antes se dedicaba con gusto, ahora las deja con pena.

A ancianos y no ancianos, por ley de vida, nos llega el momento de dar el paso al otro mundo. Y si cuando nacimos vinimos al mundo con dolor de nuestras madres y con dolor nuestro, cuando muramos iremos para el otro mundo con dolor de nuestros familiares y amigos y con dolor nuestro.

El dolor de venir a este mundo se convirtió en sonrisa de nuestras madres y sonrisas nuestras. Esas sonrisas de niño inocente en la cuna, esas sonrisas de madre que mira extasiada a su niño. El dolor de ir para el otro mundo esperamos que se convierta en sonrisas de Dios y en sonrisas nuestras, en eterna alegría. Estando en el vientre de nuestras madres, jamás pudimos imaginar las cosas que encontraríamos en este mundo; y estando en este mundo, tampoco podemos imaginamos las cosas que encontraremos en el otro. Por eso dice san Pablo: «Ni el ojo vio ni el oído oyó ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman» (I Cor 2,9).

Según el Evangelio de hoy Jesús, en el monte Tabor, les hizo vivir algo de cielo a los tres Apóstoles que le verían sudar sangre en el huerto de Getsemaní. Estos tres Apóstoles, Pedro, Juan y Santiago, se sentían tan contentos y felices que no querían bajar del monte. Y Pedro exclamó:

«¡Maestro, qué hermoso es estar aquí!» (Lc 9,33).

Hermanas y hermanos; si después de aquel inmenso globo de fuego, por un cambio muy grande, estamos aquí, también esperamos que, por un cambio muy grande, después de este mundo en el que Jesús participó en nuestros sufrimientos, estemos en el cielo participando en la felicidad de Jesús y podamos exclamar: «Maestro, ¡qué hermoso es estar aquí!».

P. Juan Jáuregui Castelo